

## LA IRRUPCIÓN TURCA

J. J. Saunders

Traducido por Jesús M. Sáez

Capítulo IX de *A History of Medieval Islam*. Routledge, London

LA ENTRADA de los turcos selyukíes en Asia occidental en la segunda mitad del siglo once constituye una de las grandes etapas de la historia del mundo. Añadió a las razas dominantes del Islam una tercera nación, tras árabes y persas; prolongó la vida del moribundo califato otros doscientos años, arrancó Asia Menor a la Cristiandad y abrió el camino para la futura invasión de Europa, permitió que los musulmanes ortodoxos aplastaran la herejía ismailí y provocó en represalia las actividades criminales de los Asesinos; puso fin a la dominación política de los árabes en Oriente Próximo, difundió el lenguaje y la cultura de Persia en una extensa área desde Anatolia a la India del norte, y al plantear una seria amenaza a las potencias cristianas, indujo a Occidente latino a emprender la célebre contraofensiva de las Cruzadas.

La familia de naciones turcas emergió por vez primera a la luz de la historia a mediados del siglo sexto, al edificar un imperio nómada de corta vida en el corazón de Asia, en las estepas que han llevado desde entonces el nombre de Turkestán, tierra de los turcos. Cuando se desintegró, como tales confederaciones solían hacer, se dispersaron fracciones de la raza turca, de una pléthora abigarrada de nombres, por una extensa área, desde los uigures, que antes vivieron en Mongolia, hasta los polovtsianos de las estepas rusas, conocidos por la ópera *Príncipe Igor* de Borodín. A pesar las amplias diferencias entre ellos – algunos cayeron bajo la influencia china, otros bajo la persa, algunos eran puros nómadas, otros agricultores sedentarios – todos hablaban dialectos de la misma lengua; poseían tradiciones y leyendas populares comunes; su religión era chamanista, y contaban el tiempo por un ciclo de doce años con nombres de animales, situando los sucesos en el Año de la Pantera, de la Liebre, del Caballo, etc.

El río Oxus era, en Asia occidental entre Irán y Turán, el límite tradicional entre la civilización y la barbarie, y la leyenda persa, versificada en la gran épica de Firdaws, la *Shahnamah*, narra las batallas heroicas de los iraníes contra el rey turanio Afrasiyab, que fue finalmente capturado y muerto en Azerbaiyán. Cuando los árabes cruzaron el Oxus después de la caída de los

sasánidas, asumieron la defensa del *kan* contra los nómadas bárbaros y los rechazaron más allá del Yaxartes. Las tribus turcas se hallaban en la anarquía, y nunca fueron capaces de oponer una resistencia unificada a los árabes, que llevaron su avance hasta el río Talas. Durante casi tres siglos la Transoxiana o, como los árabes la llamaron, *Ma Wara al-Nabr*, «lo que está más allá del río», fue un país floreciente, libre de serias incursiones nómadas, y ciudades como Samarkanda y Bujara se encaramaron a la fama y la riqueza.

Desde el siglo noveno en adelante los turcos comenzaron a penetrar en el califato, no en masa sino como esclavos o aventureros que servían como soldados. Así se infiltraron en el mundo del Islam, como los germanos lo hicieron en el imperio romano. El califa Mu'tasim (833-842) fue el primer gobernante musulmán que se rodeó de una guardia turca. Oficiales turcos ascendieron a los altos cargos, comandando ejércitos, gobernando provincias, gobernando a veces como príncipes independientes: Ahmad b. Tulun, por ejemplo, tomó el poder en Egipto en 868, y una segunda familia turca, la de los ijsidíes (de un título iraní *ikksbid*, que significaba «príncipe»), gobernó el mismo país desde 933 hasta la conquista fatimí de 969. La desintegración del imperio abasí ofreció muchas posibilidades a semejante aventurerismo político, pero mientras la Transoxiana estuvo sometida a la civilización, el corazón del Islam fue protegido de la irrupción masiva de los bárbaros.

Cuando los califas dejaron de ejercer su autoridad en la distante frontera oriental, esa empresa fue asegurada por los samaníes, quizás la más brillante de las dinastías que sucedieron a los debilitados abasíes. Al final, la carga demostró ser demasiado pesada y el colapso samaní, al final del siglo décimo, abrió las compuertas a las tribus turcas nómadas, que irrumpieron atravesando el Yaxartes y el Oxus en las tierras de persas y árabes.

A pesar de su breve gobierno de poco más de una centuria, los samaníes trabajaron mucho por su propia gloria. De origen persa, establecieron un fuerte gobier-

no centralizado en Jurasán y en Transoxiana con capital en Bujara; fomentaron el comercio y las manufacturas; protegieron la cultura e impulsaron la difusión del Islam al norte y al este de su reino entre los bárbaros, mediante la conversión pacífica. En su misma época los vigorosos comerciantes vikingos tomaban posesión de Rusia, traficaban con pieles, ceras y esclavos en los mercados del sur a cambio de textiles y productos metálicos, y prueba de este comercio son los tesoros de monedas árabes desenterrados en Suecia, Finlandia y norte de Rusia. Una de las principales rutas de comercio internacional de la época atravesaba el territorio de los búlgaros, raza turca que vivía en la región del curso medio del Volga, que aceptó el Islam antes de 921, año en que fueron visitados por una misión del califa Mukhtadir, que informó de la vida de estos pueblos musulmanes más septentrionales. Los búlgaros a su vez trataron de convertir a los rusos, pero Vladimiro de Kiev se decidió en 988 a favor del cristianismo, impidiendo el avance del Islam en Europa oriental. Con bastante seguridad los búlgaros fueron convertidos por comerciantes del reino samaní, que llevaron la religión también a los turcos más allá del Yaxartes, nómadas que comerciaban con ganado de ovejas y vacas con las ciudades fronterizas. Hacia 956 los selyukíes, destinados a la gloria futura, adoptaron el Islam, y en 960 se registra la conversión de una tribu turca de 200.000 tiendas: su identidad exacta no se consigna. Así pues, el siglo décimo fue testigo de la islamización, bajo el auspicio samaní, de una gran parte de los turcos occidentales, suceso de gran significación.

A pesar de la prosperidad de su reino, los samaníes no lograron conservar la lealtad de sus súbditos. Su despotismo muy burocratizado era costoso de mantener, y la carga de los impuestos enajenó a los *dibqanes*, de cuyo apoyo dependía el régimen. Uno de sus gobernantes, Nasr al-Sa'id, que reinó de 914 a 943, favoreció a los ismailíes y se relacionó con el califa fatimí Ka'im, por lo que perdió la simpatía de los ortodoxos. Siguiendo el ejemplo de los abasíes, se rodearon de soldados turcos, cuya fidelidad distaba de ser segura. En 962 uno de sus oficiales turcos, Alptagin («príncipe héroe»), capturó la ciudad y la fortaleza de Gazna, en el actual Afganistán, opulento centro comercial cuyos habitantes se habían enriquecido con el comercio indio y habían establecido un principado semi-independiente. Murió al año siguiente, y tras un intervalo otro general turco, Sabuktagin, obtuvo el control de Gazna en 977 y fundó una dinastía que cobró brillo inmortal con su hijo Mahmud. El reino samaní cayó en

la anarquía; los qarajaníes, pueblo turco de antecedentes desconocidos (pueden haber sido la tribu convertida al Islam en 960), cruzaron el Yaxartes y capturaron Bujara en 999, mientras Mahmud de Gazna, que había sucedido a su padre Sabuktagin dos años antes, se anexionó la extensa y floreciente provincia de Jurasán. Así pues, el gobierno persa desapareció junto con las marcas orientales del Islam, y los príncipes turcos reinaron en Jurasán y la Transoxiana. Aunque bárbaros, encontraron algún favor de sus súbditos: pusieron orden, permitieron a los funcionarios persas administrar el gobierno, y protegieron el comercio; eran musulmanes sunníes ortodoxos, y se declararon ardientes campeones de la fe contra herejes e infieles.

La fama de Mahmud de Gazna reposa en sus expediciones a la India. En treinta años entre 1000 y su muerte en 1030 dirigió unas diecisiete imponentes incursiones en el valle del Indo y el Panchab. Gazna fue base admirable para estos ataques; el dilatado subcontinente indio era un mosaico de principados grandes y pequeños; no existía ningún estado fuerte capaz de rechazar a los invasores, y no había rastros de conciencia nacional. Los motivos de Mahmud eran una mezcla de codicia y celo religioso: cuando saqueaba los santuarios hindúes proclamaba que estaba destruyendo la idolatría en nombre de Dios y su Profeta, y recibía felicitaciones y honores del califa por sus servicios a la fe. Combatió no sólo a los infieles del Hindustán sino también a los herejes ismailíes, entre ellos al gobernante musulmán de Multán. Su hazaña más celebrada fue la captura de Somnath en Gucharat en 1025, donde tomó por asalto el templo de Siva, uno de los más fastuosos de la India, y lo arrasó completamente en medio de un terrible baño de sangre. Gazna fue inundada del pillaje de la India, y la multitud de prisioneros era tal, que fueron vendidos como esclavos por dos o tres dirhemes cada uno. Una parte de la riqueza fue empleada en impulsar el arte y la cultura, y la corte de Mahmud se adornó con personalidades como Firdawsí, el poeta épico más grande de Persia, Biruni, el científico más distinguido de la época, y Utbí, el historiador del reinado.

Dos consecuencias de inmensa importancia derivaron de las repetidas incursiones de Mahmud en la India. Primero, el colapso de la resistencia hindú en el Panchab convirtió esta provincia en un área de colonización musulmana y expuso toda la llanura del Ganges a la invasión desde el noroeste. Las primeras incursiones Indo arriba y abajo en los días de Muhammad b. Ka-

sim habían rozado sólo el borde de un amplio país, pero las expediciones de Mahmud penetraron profundamente en el Hindustán, desorganizaron sus defensas y abrieron el camino a posteriores invasores musulmanes, desde los guríes hasta los mongoles, que gradualmente llevaron toda la India del norte y central al dominio del Islam. En segundo lugar, la preocupación de Mahmud y su hijo y sucesor Mas'ud con sus campañas indias les dejó poco tiempo u oportunidad para observar y controlar la presión en constante aumento de los nómadas turcos a lo largo del Oxus. Mientras tenían las espaldas vueltas, por así decirlo, los selyukíes alcanzaron la preeminencia y el poder en su retaguardia y se convirtieron en los amos de toda Asia occidental.

Los pasturajes al norte del Caspio y del Aral habían sido desde hacía mucho la patria de un grupo de tribus turcas llamadas los *guz* o *aguz*, posteriormente turcomanos. Alrededor del 950 un grupo de clanes se retiraron de la confederación *guz* y se establecieron en Jand y sus alrededores, en la parte baja del Yaxartes, alrededor de un jefe llamado Selyuk. Pocos años después abandonaron su chamanismo ancestral por el Islam, cambio de fe tan crucial para el futuro de Asia como la conversión de Clovis y sus francos al catolicismo en 496 lo fue para el futuro de Europa. Selyuk es una figura semilegendaria de quien se dice que vivió hasta la patriarcal edad de 107, pero parece que fue un jefe capaz, que conformó a su pueblo en una fuerza combativa de primera clase y con una hábil diplomacia enfrentó a un príncipe vecino con otro. Apoyó a los samaníes contra los qarajánies; su hijo Arslan se enfrentó con Mahmud de Gazna, ante quien se jactó de que tenía 100.000 arqueros a sus órdenes, por lo que un ministro de Mahmud aconsejó a su soberano que hiciera cortar los pulgares de esos hombres para que ya no pudieran disparar el arco. Sin embargo, Mahmud se contentó con retener a Arslan como rehén por la buena conducta de los suyos, a algunos de los cuales llevó al Jurasán estableciéndolos en zonas muy separadas esperando tenerlos así bajo control. La esperanza fue vana: los miembros de la tribu comenzaron a hacer incursiones por todo el norte de Persia, ocupando ciudades hasta su rescate. Después de la muerte de Mahmud en 1030, el resto de la tribu, dirigido por los sobrinos de Arslan Tugrilbeg y Chaghribeg, después de acampar durante un tiempo en Hwarazm, en el curso bajo del Oxus, irrumpieron en Jurasán y en 1036 capturaron Merv y Nishapur. Mas'ud, hijo de Mahmud, intentando detenerlos, fue derrotado con grandes

pérdidas en Dandankan junto a Merv en 1040, y se retiró a Gazna. De esta batalla data la fundación del imperio selyukí.

Los selyukíes se dirigieron ahora al oeste, al reino en desintegración de los buyíes. Las condiciones de Persia e Irak favorecieron su intervención. El poder político se había dividido entre los diversos miembros de la familia buyí. Se había extendido la costumbre semifeudal de pagar a los altos funcionarios con los impuestos de algunos distritos fiscales: resultaba de ello una importante pérdida de control por el gobierno central. La política fatimí de desviar el comercio con Oriente fuera del golfo Pérsico al Mar Rojo había empobrecido el Estado buyí. La propaganda ismailí contribuyó a minar su autoridad. No tenía salida al Mediterráneo ya que los bizantinos y los fatimíes se habían dividido Siria entre ellos. La clase mercantil urbana se resentía por la pérdida del comercio y la arrogancia de la aristocracia militar. Surgieron dinastías locales, unas árabes y otras kurdas, que drenaron la fuerza del régimen. Los musulmanes ortodoxos se soliviantaron con los gobiernos chiíes, especialmente con los incapaces de mantener la paz y el orden. Los abasíes, humillados por su impotencia, ansiaron emanciparse de sus heréticos amos, y entablaron negociaciones con Tugril. Una tras otra cayeron las ciudades de Persia en manos de los selyukíes. En Irak, el poder estaba en manos del general buyí Basasiri, que pidió ayuda a El Cairo para detener el avance de los selyukíes, declarándose a favor de los fatimíes. Se produjo un combate extraordinario, con Tugril defendiendo al califa abasí Ka'im y Basasiri pugnando por lograr que el califa fatimí Mustansir fuera reconocido en Bagdad. Los selyukíes ocuparon Bagdad en 1055, pero los excesos y la indisciplina de las tribus provocaron la reacción entre el populacho, y Wasit, Mosul y otros lugares fueron dominadas por los fatimíes. Tugril reconquistó Mosul, y volviendo a Bagdad en 1058 fue recibido solemnemente por Ka'im y obtuvo el título de «Rey de Oriente y Occidente». Reclamado por la rebelión de su hermano menor Ibrahim, fue incapaz de impedir que Basasiri recuperara el control de Irak y proclamara al imam fatimí en el mismo Bagdad. Durante cuarenta viernes, la *jutba* en la capital abasí fue pronunciada en nombre de Mustansir de El Cairo. Finalmente, en 1060 los selyukíes reconquistaron Bagdad; Basasiri fue muerto, y Tugril repuso a los abasíes en su trono.

Muchas cosas se decidieron en este episodio. Primero, los fatimíes perdieron la última oportunidad de repetir

el éxito de los abasíes en 750: el fracaso del golpe de Basasiri en Bagdad significó que el califa alida sería relegado a Egipto y tierras limítrofes y nunca adquiriría un dominio universal en el Islam. Segundo, la caída de los buyíes y la llegada de los selyukíes significó un gran triunfo de la ortodoxia sunní: el poder del Estado podría ser empleado ahora para aplastar el chiísmo de toda clase y el ismailismo en particular. Tercero, el califato abasí recobró cierta vida e independencia, pero su carácter cambió, y una nueva institución —el sultanato— fue creada en un esfuerzo para reestablecer la unidad política del Islam. Pues el califato, en tanto que monarquía centralizada gobernando a todos los pueblos musulmanes, había fracasado amargamente. Ni siquiera podía conservar la unidad religiosa y espiritual de la *umma*: la mitad del Islam había pasado a los fatimíes. Nunca se convirtió en un papado, pues la interpretación de la ley y del credo había pasado desde hacía mucho a los ulemas, los canonistas y los jueces. Sin embargo, aun en su debilidad todavía fue venerado por los nuevos conversos turcos como símbolo de la legitimidad religiosa: sólo el vicario del Profeta podía otorgar la autoridad legal a los reyes y príncipes musulmanes a quienes en teoría delegaba sus poderes. Mahmud de Gazna se había contentado con obtener el reconocimiento del califa, y sus poetas cortesanos le habían aclamado como «sultán», palabra que significaba originalmente «poder gubernamental» pero utilizado en adelante como título personal. Los selyukíes estaban más ansiosos incluso de legitimar su gobierno pues como forasteros y bárbaros eran impopulares entre los ciudadanos civilizados de Persia e Irak, y la investidura de Tugril por el califa en 1058, en una ceremonia magnífica en la que se colocaron dos coronas en su cabeza como símbolos de su autoridad regia sobre Oriente y Occidente, informó al pueblo que el Comandante de los Creyentes había delegado su sultanato en su lugarteniente turco. Ahora era deber del sultán obrar como habían hecho los primeros califas, para defender a la *umma*, extirpar la herejía y el cisma, y emprender la *yihad* contra las naciones que rechazaban a Dios y a su Profeta. Políticamente, los selyukíes iban a ser los shogunes del mikado del califa.

Dos enemigos fueron señalados obviamente como objetivos a combatir por los nuevos protectores del Islam sunní: los bizantinos y los fatimíes. En la época anterior, los primeros habían penetrado profundamente en el corazón del Islam, habían conquistado buena parte de Siria y habían anexionado Armenia al Imperio. Pero la restauración bizantina se había agotado ya: la

vigorosa dinastía macedonia ya no existía; el gobierno central estaba en conflicto con las grandes familias terratenientes de Asia Menor y, para reducir su poder, había debilitado la institución militar, y por ello había debilitado defensivamente al Imperio contra la nueva acometida desde Oriente. Los turcos se dirigieron hacia las fronteras bizantinas, en parte intencionadamente, en parte por accidente. Su llegada había producido una especie de crisis social en tierras persa y árabe. En una sociedad donde la distinción fundamental era entre creyentes e infieles, el hecho de que los turcos fueran musulmanes era importante; pero incluso así, el culto habitante de la ciudad apenas podía evitar un sentimiento de desagrado por la presencia de estos rudos e incivilizados hijos de las estepas. Los cronistas de la época delinean un agudo contraste entre los sultanes y su pueblo: «Sus príncipes son guerreros, sagaces, firmes, justos y distinguidos con cualidades excelentes: la nación es cruel, salvaje, ruda e ignorante». Para empeorar las cosas, una vez superada la barrera del Oxus, las fuerzas regulares selyukíes, caballería de origen esclavo, eran seguidas de multitudes de nómadas turcomanos, libres e indisciplinados, en busca de pastos y botín, que saqueaban las propiedades, destruían las cosechas, robaban a las caravanas de mercaderes y combatían con otros nómadas, como los kurdos y los beduinos árabes, por la posesión de pozos y pastos. Muchos de ellos se extendieron por Azerbaiyán, una provincia fértil de huertas y pastos que en pocas generaciones se volvió turcófona y desde allí comenzaron a hacer incursiones en el territorio bizantino. Cuando Tugril murió sin hijos en 1063, el sultanato pasó a su sobrino Alp Arslan («héroe león»), hijo de Chagri, que probablemente anhelaba apartar la corriente de la violencia nómada de las tierras del Islam hacia la Cristiandad y al mismo tiempo obtener gloria como *gazi* o campeón de la fe. Sus ejércitos penetraron en los valles de Armenia y Georgia, mientras los turcomanos se adentraban cada vez más profundamente en Anatolia. Una llamada de los enemigos de los fatimíes le desvió entonces al sur de Siria, pero sus planes de invadir Egipto fueron abandonados con la noticia de una inminente y masiva contraofensiva bizantina.

El emperador Romano Diógenes había resuelto con un esfuerzo desesperado eliminar a los asaltantes turcos de sus dominios, y a la cabeza de un abigarrado ejército de mercenarios, incluidos normandos de occidente y pechenegos y uzos (tribus turcas) del sur de Rusia, se dirigió hacia el Este a Armenia. Alp Arslan,

volviendo apresuradamente, se encontró con él en Manzikert, junto a las orillas del lago Van. Los normandos empezaron un altercado y se negaron a combatir a favor del emperador; sus mercenarios turcos, quizás negándose a enfrentarse a sus afines, desertaron, y esto, combinado con la deficiente estrategia de Romano, produjo (agosto 1071) una catastrófica derrota bizantina. Por primera vez en la historia, un emperador cristiano cayó prisionero en manos musulmanas.

Alp Arslan destaca como una figura no carente de atractivo, su nombre conectado indisolublemente con la crucial batalla que convirtió Asia Menor en un país turco. Lo imaginamos como un imponente soldado de unos treinta años, con largos bigotes sujetos sobre su alto gorro persa para que no le molestaran al disparar. En su humanidad y generosidad se adivina a Saladino. Trató al emperador cautivo con cortesía, y cuando se pagó el rescate lo despachó a su residencia con una escolta turca. Quizás no llegó a captar la significación de su victoria. No tenía planes para conquistar Asia Menor o destruir el Estado bizantino; pronto se le requirió que se ocupara de una invasión qarajaní desde Transoxiana, y en 1073, mientras interrogaba a un jefe rebelde, éste de repente saltó hacia él y le mató de una cuchillada. De hecho, Manzikert asestó un golpe fatal al poder cristiano e imperial en Anatolia. Desaparecido el ejército bizantino, los turcos se desparramaron por la meseta central, tan bien adaptados para la vida pastoril; en las luchas que siguieron por el trono, los pretendientes rivales contrataron tropas turcas, y de este modo los nómadas se apoderaron de ciudades y fortalezas que de otro modo nunca hubieran tomado. Los terratenientes y los funcionarios griegos huyeron; los campesinos, sin sus líderes naturales, adoptaron seguidamente la religión de sus nuevos amos, y la fe de Muhammad fue enseñada en las tierras donde San Pablo había proclamado el Evangelio de Cristo. Con Asia Menor, su principal fuente de soldados e ingresos, perdida, amenazado por la agresión de los normandos desde Italia y los pechenegos por el Danubio, el Imperio Bizantino se enfrentó a la ruina total, y desde Constantinopla salieron llamamientos de ayuda al Papa y al mundo latino que originaron veinticinco años después de Manzikert la predicación de la Primera Cruzada.

Tras el asesinato de Alp Arslan, fue sucedido en el sultanato por su hijo Malikshah, joven de dieciocho años cuyo reinado de veinte años (1073-1092) señaló la completa expansión del poder selyukí. Malikshah era un hombre más culto que su padre y su tío abuelo, que

eran sobre todo rudos jefes tribales, y sagazmente confió la administración civil al gran ministro persa conocido habitualmente por su título Nizam al-Mulk, «orden del reino». Un gobernante justo y humano que recibió el elogio de los historiadores cristianos y musulmanes por igual. Su soberanía fue reconocida desde Kashgar a Yemen, pero no fueron raros los levantamientos y disturbios en sus vastos dominios, y fue obligado a dejar a otros la dirección de operaciones contra los bizantinos y los fatimíes. Benjamín de la familia selyukí, Sulaimán b. Kutulmish fundó un Estado duradero en Asia Menor, el llamado Sultanato de Rum; capturó Nicea en 1091 y amenazó a la misma Constantinopla. La guerra contra los fatimíes fue inaugurada, no por los selyukíes, sino por un jefe turcomano llamado Atsiz, que marchó en 1070 a Palestina y expulsó a los egipcios de Jerusalén. Malikshah no podía tolerar esto, y puso a su hermano Tutush a cargo del frente sirio. Los fatimíes mostraron ser oponentes más duros de lo que se podía esperar: los selyukíes no estaban destinados a arreglar el cisma que había dividido el mundo musulmán durante casi dos siglos.

El régimen fatimí había efectuado, pues, una recuperación sorprendente de lo que parecía una ruina cierta. Una hambruna terrible de seis años había paralizado Egipto desde 1067 a 1072; el gobierno civil virtualmente había colapsado; miles de personas abandonaron el país, y la miseria de los que se quedaron estaba agudizada por la anarquía brutal de la soldadesca turca, bereber y sudanesa, que mataba y robaba en busca de comida y botín. El Imperio Fatimí se deshizo completamente. El Magreb hacía mucho que se había perdido; Sicilia fue conquistada por los normandos desde el sur de Italia, Atsiz capturó Palestina y el califa abasí volvió a ser invocado en las Ciudades Santas. Pero en 1073 Mustansir llamó al gobernador de Acre, Badr al-Jamali, general brillante de origen armenio, para restaurar el orden; las insurrectas tropas fueron disciplinadas, las defensas de El Cairo, reforzadas; el comercio revivió, los ingresos crecieron y volvió la prosperidad. El precio que se pagó fue la creación de una dictadura militar; Badr, con el título de Amir al-Juyush, «Comandante de los Ejércitos» reemplazó al visir civil y el califa fue reducido casi al nivel de los abasíes durante el gobierno buyí. Badr entonces comenzó a recuperar Siria y, aunque no logró reconquistar Damasco, que cayó en manos de los selyukíes en 1076, logró contener el avance de Tutush hacia la frontera egipcia y

restablecer la autoridad fatimí a lo largo de la costa levantina hasta Tiro y Sidón. El califato alida, aunque desprovisto de gran parte de su gloria, se irguió de nuevo sobre sus pies y se le dio la oportunidad de que durara otro siglo. Cuando Badr murió en 1094, pocos meses antes del anciano califa, las esperanzas de Selyuk de devolver Egipto a la ortodoxia se habían frustrado, y los partidos rivales todavía combatían por el control de Siria, situación muy ventajosa para los cruzados latinos que irrumpieron en Levante tres o cuatro años después.

Los selyukíes hicieron notables servicios al Islam, pero sus éxitos fueron contrarrestados con muchos fracasos. Trajeron un vigor y una unidad nuevos a Asia occidental y pusieron fin al régimen decadente de los buyíes. Propinaron un golpe portentoso al poder bizantino, ganando Asia Menor para el Islam, una hazaña que los árabes nunca habían sido capaces de efectuar, demoliendo las últimas defensas de la Cristiandad en el continente asiático, y abriendo este antiguo país a la colonización turca. Su ortodoxia vehemente contuvo la expansión del ismailismo, que en el futuro sólo pudo actuar como un movimiento terrorista clandestino cuyos agentes se hicieron famosos como los Asesinos. Bajo la protección de Selyuk, los campeones del Islam sunní lanzaron una tenaz campaña de propaganda contra los herejes y los que se desviaban de la verdadera fe: se fundaron madrasas o «mezquitas-escuela» en las ciudades principales para instruir a los estudiantes en el *fiqh* (jurisprudencia islámica), de acuerdo con la enseñanza de las cuatro doctrinas ortodoxas. La mejor conocida de estas instituciones fue la Madrasa Nizamiya de Bagdad, llamada así por Nizam al-Mulk e inaugurada por él en 1067. La ortodoxia produjo en ese tiempo a su más inteligente defensor, Algacel, que murió en 1111, y cuyo imponente y completo sistema de teología le ha procurado el título de «el Santo Tomás del Islam».

Por otro lado, los selyukíes se mostraron incapaces de crear un imperio fuerte, duradero y centralizado o para suprimir el anticalifato fatimí de Egipto. Sus concepciones del gobierno eran primitivas y, a pesar de los esfuerzos de Nizam al-Mulk para enseñarles los principios del antiguo despotismo persa, que veía como la única forma satisfactoria de gobierno, consideraron su reino como una propiedad familiar divisible entre hijos y sobrinos, que, siendo menores de edad, eran confiados al cuidado de los *atabegs* («padres-señores»), habitualmente generales de origen servil que gobernaban sus *appanages* hasta que sus pupilos llegaban a la mayoría de edad y que, a menudo, se convertían en príncipes hereditarios por derecho propio. Hasta la muerte de Malik-Shah en 1092 se conservó cierto grado de unidad, pero con el cuarto selyukí Berkyaruk (1095-1114) el imperio fue transformado en una especie de federación de príncipes autónomos, no todos ellos turcos, ya que en algunas localidades gobernaban jefes buyíes y kurdos admitiendo sólo una vaga soberanía selyukí. Incesantes luchas por la sucesión debilitaron posteriormente el imperio y dieron una oportunidad a los califas abasíes para recuperar un cierto poder enfrentando a un candidato al sultanato contra otro. La desintegración política fue acelerada por la difusión del sistema de la *iqta'*, por el que los oficiales del ejército eran remunerados con los ingresos de algunas propiedades agrarias, *iqta'* con el sentido de «sección» o porción de tierra «separada» para ese fin, y en algunos aspectos semejante a los derechos del señor del feudalismo occidental. La tenencia en *iqta'* tendió a convertirse en hereditaria y el feudo se escapó así de la jurisdicción del gobierno central. Hacia 1100 los mejores días de los selyukíes quedaban atrás, y fue precisamente en esta coyuntura cuando los francos lanzaron contra el Islam la insólita contraofensiva que conocemos como las Cruzadas.